

VII

LA DIVINA COMEDIA

No se canse en conocer á DANTE quien no procura sondear su misterioso poema: no trabaje en comprender éste quien de antemano no se haya puesto al corriente de la trabajada vida y excepcional carácter del autor.

Leonardo Aretino, uno de los más antiguos y más acreditados biógrafos del DANTE, dice, al analizar sus obras y avalorar sus escritos, que «su principal estudio fué la poesía, no estéril y pobre y fantástica, sino fecundada enriquecida y fundada por verdaderas doctrinas y por variedades de ciencias»; y añade: «para darme mejor á entender á quien me lea diré, que de dos modos se llega á ser poeta: el uno por ingenio propio, agitado y conmovido por una fuerza interior y oculta, el cual se llama furor y ocupación de espíritu... y esta es la más alta y más perfecta especie de poesía por la cual algunos llaman á los poetas divinos y sagrados y vates... y otra especie de poetas se forma con la ciencia, con el estudio, con disciplina, con el arte y con la prudencia; y á esta segunda especie pertenece DANTE, por cuanto, estudiando la filosofía, teología, la astrología, la aritmética y la geometría, y aleccionándose en la historia, y revolviendo muchos y varios libros, velando y sudando en el estudio, adquirió la ciencia que debe honrar y explicar con sus versos.»

Valga este testimonio de un escritor casi contemporáneo del DANTE, de respuesta á aquellos intolerantes críticos, alumnos del clasicismo francés, que miran al gigante del siglo XIII como un poeta semi bárbaro. Y, sin embargo, estamos muy lejos de asentir á la opinión de Leonardo, no muy distinta de la de César Cantú, que colocan á DANTE en el número de los poetas eruditos más bien que en el de los cantores inspirados. A

cuando convengamos en que la razón y el cálculo sean por sí solas fuentes de poesía, como lo son la inventiva y la pasión vehemente, no podremos nunca convenir en que la obra del amante de Beatriz, del desterrado de Florencia, del apasionado gibelino, sea un frío producto de la razón serena; antes bien, por lo que más estimamos á DANTE es porque en el conjunto de su obra, como en sus detalles, vemos siempre el vuelo de la fantasía al par que los latidos del corazón y las revelaciones de la ciencia. En su libro, como en las catedrales antiguas, se unieron y sumaron todos los conocimientos de su época: la narración, la representación, la inspiración, la fantasía, la imitación del antiguo, el dogma teológico, el teogonismo pagano, el simbolismo político, la melancolía del corazón, la fuerza del raciocinio, la desnudez de la verdad. Su poema llegó á ser teológico, moral, histórico, filosófico, alegórico, en cierto modo enciclopédico: en todos estos sentidos, á la verdad, puede decirse que el producto de la ciencia y de la razón, pero es al mismo tiempo la obra más lírica, y, por tanto, más fantástica que se conoce, y sus cantos exhalan en cada verso la inspiración personal del Poeta, el entusiasmo que animaba por la religión, por la patria y por el Imperio, y en favor de determinadas y amadas personas, así como en contra de otras, á quienes abruma con un odio mortal.

No hay para qué hacer vano alarde de erudición recordando ahora los muchos escritores anteriores á DANTE que tomaron por asunto los viajes ó visitas á las manifestaciones que caen á la parte allá del sepulcro: la originalidad de éstos no perjudica ciertamente á la inimitable obra de nuestro Poeta. En cuanto á la época en que llevó á cabo su obra maestra, andan asimismo poco conformes los críticos; pero bien se puede inferir que la proyectó y escribió muy desde el principio de su vida, siendo parte de ella el estudio de Virgilio, las lecciones de Brunetto Latini y la amistad con pintores y escultores, que todos ellos han tratado asuntos semejantes. DANTE enumera ya

claramente el suyo al terminar en 1292 la VITTA Nuova quizá lo comenzó entonces ó poco después; pero no emprendió resueltamente hasta 1300, época de su gracia y de su verdadera inspiración, que consiste en melancolía acre y desesperada. Librenos Dios, sin bargo, de investigar cuál sea el principal fin que se puso. En tal empresa han naufragado muchos, como hemos dicho, y basta á nuestro propósito al presentarnos algunas consideraciones sobre LA DIVINA COMEDIA sin presunción de filósofos, sin intento de políticos, sin alarde de eruditos.

Dícese COMEDIA, ante todo, porque el autor, en su obra DE VULGARE ELLOQUIO, había distinguido sólo tres clases de escritos: *tragedia*, *comedia* y *elegia*, y dió, como cuenta consigo mismo, el título de COMEDIA á una obra que está escrita de un modo humilde y en el lenguaje vulgar con que *las mujeres del pueblo se comunican sus sentimientos*. Sin duda por razón análoga se llamó LA DIVINA COMEDIA, y se dió título idéntico á otras obras de aquellas edades que no aparecieron en el teatro. El título de DIVINA le fué agregado por unánime aclamación de toda Italia.

La obra que al presente nos ocupa tiene por objeto exterior, claro y conocido, la suerte reservada á la alma en aquel mundo sin fin que principia en el siglo: divídese, por consecuencia, naturalmente en tres principales partes ó regiones, llamadas cántigas. EL INFIERNO, aquella en que recibe el pecador el castigo eterno proporcionado á su culpa. EL PURGATORIO, aquella en que se purifican temporalmente las almas de los tormentos también proporcionados á sus faltas. EL PARAÍSO, aquella en que reciben los justos el premio inmerecido y asimismo proporcionado á sus méritos.

No es igual el estilo en que todas ellas están escritas, bien que en todas ellas ostente el autor aquella variedad de tonos, libertad de dicción, energía y concisión de pensamiento que son siempre sus principales dotes. En todo, en cada una de estas partes adopta el tono de

niente y adecuado al asunto de que se trata. El de LA DIVINA COMEDIA es, en la acepción rigurosa de la palabra, inmenso, puesto que descubre lugares que ningún término limita y existencias á que no pone fin la muerte. Objeto es del canto del Poeta *cuanto creó*, como él mismo dice, *el Supremo poder y la suma ciencia y el infinito amor*. Y, á pesar de esto, ¡qué admirable sobriedad en la elección de los personajes! ¡qué indecible unidad en el interés! ¡qué inimitable sencillez en la acción!

DANTE, protagonista del drama, extraviado en una *obscura selva*, quiere dirigirse á un monte vecino que columbra iluminado por los rayos del sol. Tres fieras le salen al encuentro y se lo impiden: una manchada pantera, un soberbio león y una hambrienta loba. Descorazonado el Poeta, pierde la esperanza de su empresa, y casi vuelve á caer *allí donde el sol no alumbraba*. Entonces viene en su socorro la sombra ó la persona de Virgilio, que desde el limbo, adonde le había llevado su natural virtud y humana ciencia, acude enviado por Beatriz, amoradora del Paraíso, á servir de guía á su amado. En efecto: los dos Poetas atraviesan juntos las subterráneas regiones del Infierno, no sin recibir frecuentes auxilios de su bienaventurada protectora, y visitan las nueve regiones de los condenados. Llegan al centro de la tierra y del Infierno, donde está eternamente sepultado Lucifer. Por las espaldas de él atraviesan el diámetro de nuestro globo, trepan luego las fragosidades del monte del Purgatorio, viendo aquellas almas atormentadas á la vez con suplicios y felices por la esperanza, que llegan al cabo á la cumbre, en donde está el primitivo Edén. No puede pasar de allí Virgilio, porque no ha sido regenerado con el agua del bautismo; se despide, pues, de su alumno, á quien corona, y le confía á la bienaventurada Beatriz, que le sirve de introductora en las mansiones celestes. En ellas conversa con la condesa Matilde, que dotó á la Santa Sede; ve, entre otros héroes del cristianismo, á su propio antepasado Cacciaguitta, y á los cenobitas del siglo en que nacieron san

Francisco y santo Domingo, santo Tomás y san Buenaventura. Llega al cabo á la última región; ve á la Reina de los Santos, la siempre Virgen María, y goza, por timo, la visión beatífica, contemplando claramente unión hipostática del Verbo Eterno.

Se ve, pues, que en esa inmensidad de personajes aparecen como principales actores sólo tres: DANTE, VIRGILIO y BEATRIZ. Que en esa multitud de sucesos, ó terribles, ó patéticos, ó gloriosos, una sola acción concentra el interés en la persona que á un mismo tiempo cuenta y lo presencia todo, es decir, el Poeta, que todos presta voz elocuente y simpatía profunda. Como si este mérito no bastase aún, agrega dos, que han hecho la desesperación y el trabajo de los comentadores de LA DIVINA COMEDIA; á saber: el de tener un sentido moral otro alegórico, ambos verdaderos y ambos ocultos, según confesión del autor. Para explicar algo de esto, para carecer el mérito del traductor que ha dejado con su versión abiertas las puertas á semejantes indagaciones, para cerrar de una vez las nuestras, daremos aquí de él un ligero bosquejo.

Según los que ven en LA DIVINA COMEDIA una obra principalmente política, DANTE es la representación del pueblo italiano; la selva oscura, la anarquía de esa época; el monte iluminado por el sol, la restauración de la libertad de su patria; la pantera, la envidia de sus ciudadanos; el león, la soberbia y la ambición indomables de algunos; la loba, la codicia de otros. Bien ha quien aun dentro de esta misma clave cree simbolizada en la pantera la República florentina, de inconstant movimientos y manchada de blancos y negros; en el león el arrojo y soberbia de la casa de Francia; y en la loba la codicia, muy ponderada entonces, de la Curia romana. Sea de esto lo que quiera, convienen luego que en Virgilio se personifica la razón humana, el espíritu imperialista, el amor latino; y que Beatriz es una encarnación de la verdad absoluta y de la libertad atecida. Viniendo ahora á los intérpretes morales, pa-

ellos DANTE es la personificación de la humanidad entera; la selva oscura es la ignorancia que en ella producen las pasiones; el monte iluminado por el sol es el alto conocimiento de la clara verdad; la pantera, graciosa y varia, es la rabia; el león es el orgullo; la loba es la avaricia, que detienen al hombre en su ascensión; Virgilio es la razón y el ingenio reducido al humano alcance; Beatriz es la ciencia divina, la verdad perfecta, la virtud suma, hija de la revelación moradora del cielo. Por estas distintas interpretaciones que apuntamos, tomadas desde el principio, y que, como otras tantas claves de la solfa, alteran el valor y el sonido de cuanto hay escrito después, continúan los intérpretes y comentadores en explicar hasta el fin todo el poema. No les seguiremos nosotros, por ser empresa ajena de este lugar, y superior, infinitamente superior á nuestros conocimientos.

Tales trabajos, que algunos han creído indispensables para entender á DANTE, han sido motejados por otros de inútiles; algunos han llegado á tacharlos de fantásticos y gratuitos, como si nacieran exclusivamente de la fantasía de los comentadores. Nosotros, en verdad, no participamos de la primera opinión, no podemos menos tampoco de considerar la última como injusta. No sólo ALIGHIERI, sino todos los poetas de su época de su partido, eran muy dados al simbolismo, y bajo apariencia de místicos amores y de abstrusas cuestiones metafísicas, trataban á veces las más prácticas cuestiones de política y aun de guerra. DANTE, además, sus estudios, como entonces se decía, de *astrología*, por todo extremo inclinado al cálculo y aun á la adivinación. Da gran importancia á que su conocimiento con Beatriz fuese á los nueve años; su primer canto dedicado á ella á los diez y ocho; su muerte á los veintidós años. Dice terminantemente que Beatriz es un número nueve, es decir, un milagro cuya raíz es la Santísima Trinidad. Su obra magistral está dividida por él en tres partes escritas en *tercetos*, y (excluyendo el primer canto, que es la introducción meramente, porque no habla

ni del INFIERNO, ni del PURGATORIO, ni del PARAÍSO, cada una de aquellas partes se divide en treinta y tres cantos, formando en todo catorce mil doscientos treinta y tres versos, cuya cantidad, dividida por tres, viene á producir una progresión infinita de este mismo guarismo tres. Por último, nueve son las cavidades del INFIERNO; nueve las escabrosidades del PURGATORIO; nueve los círculos del PARAÍSO; nueve las jerarquías angélicas. A esta que atribuyesen semejante coincidencia á un efecto de casualidad, contesta el mismo DANTE (*Cant. xxiii PURGATORIO*):

*Ma perchè piene son tutte le carte
ordite à questa cantica seconda,
non mi lascia più ir lo fren del arte.*

De esta parte del poema y del PARAÍSO, poco ó nada hablaremos.

El INFIERNO, objeto principal de estos estudios, además, en nuestro entender, lo más perfecto é interesante de la obra de DANTE. Contribuyen á ello varias razones: la edad y la situación del Poeta habfan agudizado de tal modo su carácter, que lo hacían más apto para comprender y describir el sumo mal que el sumo bien; los vicios y los crímenes de la sociedad en su tiempo; DANTE había vivido le eran más conocidos, y sus peccadores más allegados; su pintura, por tanto, más perfecta, alcanzando á ser tan acabada y perfecta, que muchos críticos han pretendido que la descripción del INFIERNO se refiere principal y simbólicamente á la situación de Italia en la época del Poeta. Por último, siendo indudable que ni la misteriosa purificación del alma no es fácil de comprender, ni el goce de la visión beatífica puede caber ni en sentido ni en palabra humana, solamente se deducirá que la razón del Poeta y sus conocimientos teológicos, y sus doctrinas científicas, y su experiencia misma mundana, fuesen insuficientes para delimitar el PURGATORIO y el PARAÍSO, y más que bastantes para fantasear y describir el INFIERNO.

Válese, para ello, de varios resortes: primero y principal, de la luz que el dogma y la teología le daban sobre la culpa original, la eternidad del castigo y la diferencia entre pena de daño y pena de sentido. Segundo, del vario y exacto conocimiento que tenía de las ciencias, según el estado en que entonces se hallaban, y de las personas y sucesos históricos, y de las altas cuestiones políticas que en su siglo se ventilaban en Italia, y que quizás aun hoy no están resueltas. El tercer resorte es, en fin, la máquina mitológica que emplea en todo su poema, si bien acomodándola á lo que la razón puede adivinar y el dogma no se opone á suponer que exista en el INFIERNO católico. Máquina que le acredita, como poeta, era, de versado en las lenguas sabias, puesta, además, en moda con el renacimiento de los poetas y escritores antiguos que comenzaba entonces. Así el poema como el autor mismo son una transición entre las tinieblas de la Edad media y la Edad moderna, punto intermedio entre los fases distintas de la humanidad.

VIII

ALGO DE TEOLOGÍA

¿Por qué DANTE suscita, y discute, y resuelve cuestiones teológicas en una obra de imaginación? He aquí una dificultad que novísimos comentadores proponen, más como crítica que como duda. Desde luego nos ocurre que no es éste gran defecto, porque si en un poema, cuya acción tiene por teatro el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, por nudo y trama la gracia ó el pecado de las almas, y por desenlace la visión beatífica; si en un poema así, decimos, no son oportunas las cuestiones teológicas, no nos parece que sean mucho más pertinentes las políticas y contemporáneas de unidad y de independencia italianas, que los modernos intérpretes se empeñan en descubrir entre los tercetos del Poeta del

siglo XIII. Salta, además, á la vista, y esto sirve á unos á otros de disculpa, que todo escritor vive y se mueve en determinada atmósfera, la cual forman en su alrededor la época, la sociedad y la patria en que ha nacido. Escribir en prosa ó en verso sin que esta atmósfera haga sentir, sin que una especie de fecha se estampara voluntariamente, es imposible. La diferencia consiste que el escritor mediano, que ni sabe ni estudia más que lo que ve, no escribe, por decirlo así, más que hechos contemporáneos, y no llega á la posteridad, mientras que el ingenio superior como DANTE, si bien consigna la data en que toma la pluma, dirige el espíritu de su obra á la humanidad toda y al tiempo venidero. Los unos son escritos de circunstancias; los otros escritos eternos. Ahora bien: así como no es fácil al presente prescindir de las cuestiones políticas, que todo lo dirige ó modifican, así era imposible en el siglo de DANTE prescindir de las cuestiones teológicas, las cuales envuelven el ser y el saber, la acción y la inteligencia de toda la Europa. Esto sin contar con que, según el dicho de un escritor moderno, toda cuestión científica, ó social, ó política, viene á resolverse en su último término en una cuestión teológica. Lo que importa saber es si el uso de ellas hecho por DANTE en LA DIVINA COMEDIA es contrario al plan moral de su obra, ó nocivo á la belleza de la misma. El ingenio Florentino, que blasfemando de católico, si de mala fe hubiese promovido cuestiones teológicas, hubiera cometido una acción indigna, mortuoria para él mismo, aunque literariamente hubiese sido útil; y, por otra parte, el poeta que se propone deleitar al par que instruir con su narración, hubiera incurrido en grave defecto si aun por medio de controversias ortodoxas y santas hubiese entorpecido su poema. Nosotros procuraremos demostrar brevemente que no acontece uno ni lo otro, y que el controversista de LA DIVINA COMEDIA no daña al católico y favorece al poeta. ¿Cuáles cuestiones promueve DANTE? ¿Con qué fin las discute? ¿Con qué criterio las resuelve? En nuestro entender

cho todo con la desconfianza de profanos y con la reverencia de católicos), promueve en primer lugar sólo aquellas en que es lícito el uso de la razón sin mengua ni peligro de la fe. Tomaremos ejemplo sólo en la primera parte, á que principalmente dirigimos estas observaciones. ¿Pone, acaso, en duda, como algunos de sus extraviados comentadores, la existencia de las regiones infernales? ¿Las discute? ¿Las demuestra? No; las da por ciertas y las afirma como existentes, según lo enseña la revelación. Porque es curioso el observar que los mismos que quieren hallar en DANTE no sé cuál apoyo á sus creencias anticatólicas, acusándole de sobrado discutidor y escolástico, son los que ponen en tela de juicio, no ya sólo lo que es controvertible, ni aun siquiera lo que es católicamente dogmático, sino aquellas mismas verdades de cuya primitiva revelación aparecen restos en todas las religiones. Lamennais, por ejemplo, se esfuerza en combatir el dogma del pecado original, y del premio y del castigo en la otra vida, de cuyas verdades se encuentra memoria, no sólo en la religión politeísta de la cultura Grecia, sino en las tenebrosas creencias de las razas de América y Africa, entre los indios y los negros. Pues bien; ninguno de estos principios, ninguno de estos dogmas es controvertido por DANTE. En segundo lugar, ¿con qué fin ó propósito trae á discusión las cuestiones y hechos teológicos á que se refiere el poema? Ciertamente para dar fuerza á las unas y credibilidad y dulzura á los otros. Así, cuando establece que hay un limbo, que en él se encuentran diferentes regiones, que ninguno se padece pena de sentido, y que aun en la diferencia, y, por último, que en estos dos mundos se hallan privados para siempre de la vista de Dios, al par que los niños que mueren sin bautismo, toman aquellos varones justos que practicaron la virtud según la ley natural y que murieron sin más mancha que el pecado original; cuando todo esto asienta, no contradice en lo más mínimo la doctrina católica, y se ajusta á la opinión de santo Tomás, de san Buenaven-

tura, de Inocencio III y de otras autoridades de la Iglesia en el siglo mismo en que escribió.

Sobre la existencia del limbo diremos que san Agustín, el más riguroso en cuanto á no admitir lugar intermedio entre los justos y los pecadores (como que combatía á los pelagianos), asegura, sin embargo (*Epistola 28 ad Hyeron*), que la pena de los niños muertos sin bautismo será la menor entre las leves, *in damnatione omnium levissima futuros*, y no se atreve á decir que tal pena sea peor que el aniquilamiento. Algunos teólogos, como Gonet, piensan que la privación de la visión beatífica no causará dolor alguno ni tristeza á los niños desgraciados, y se apoyan para ello en los dichos de san Gregorio Niceno y san Ambrosio, y sobre todo en san Gregorio Nacianceno que escribe terminantemente: que estos niños *Nec cœlestis gloria, nec suppliitibus a justo iudice afficiuntur, impotest licet cum signati non fuerint, improbitate tamen careant. Neque quis honorè indignus est statim etiam pœnam promeritus* (*Orat. 40*).

He aquí, pues, reconocido por tan santa autoridad un lugar semejante al limbo de DANTE, y aun bosquejados en él ciertas diferencias, según son sus moradores más ó menos dignos de honras, ó se acercan más ó menos merecer castigo. Pues en cuanto á la diferencia entre las penas y el daño de sentido, la había ya definido Inocencio III diciendo: *Pœna originalis peccati est carentia visionis Dei; actualis vero peccati est gehenna perpetua cruciatus*. Pero en lo que más han reparado algunos teólogos severos, y aun otros rigoristas imprudentes es en el colocar, dicen ellos, fuera del Infierno á los virtuosos ó justos según la ley natural. A la vez, es también esta pretendida crueldad inflexible del dogma en que más fundan sus ataques á la Iglesia los protestantes y los racionalistas. Parece que unos y otros se dirigen á DANTE, diciéndole: «Si no colocas en el Infierno á los virtuosos paganos, tú te declaras contra la Iglesia, porque fuera de ella no hay salvación. La creación de

limbos para ciertos héroes es, en principio, una transacción inadmisibles, una rebeldía racionalista, una herejía ó un sueño de tu imaginación.»

Vamos por partes.

En primer lugar, el limbo de DANTE no está fuera del Infierno, antes bien se halla dentro de la puerta terrible; forma el primer círculo, y en más de un paraje del poema se alude al descenso de Jesucristo para sacar de allí las almas de los patriarcas, siendo de fe que el Verbo *descendit ad Inferos*. En segundo lugar, ya hemos demostrado con textos irrefutables que tales regiones del borde y limbo infernal no son creadas por la rebelde razón del Poeta, sino que la Iglesia las reconocía, los santos doctores las explicaban antes que él, y aun casi en su tiempo, cuando refutaban la herética doctrina de Abelardo. En cuanto á que moren en ellas las almas de los adultos, que, si bien no lavadas del pecado original por el bautismo, vivieron en todo sujetas á la ley natural, poco se puede ya decir, y nada hay nuevo. Bergier, Fraissinous, Ravignán, Lacordaire, Augusto Nicolás y Segur en nuestros días, han apurado la materia en que ya habían abundado antes san Francisco de Sales, san Alfonso Ligorio, Belarmino, Fenelón, Bourdaloue y Bossuet. Sus conclusiones no son, con todo, diferentes de las que había enseñado san Jerónimo, y de las que se deducen de la Epístola II de san Pablo á los romanos: *Quicumque sine lege peccaverunt, sine lege peribunt*. «El infiel, el pagano, no serán ciertamente reprobados por lo que no han podido conocer, ni por lo que han ignorado invenciblemente.» Luego tales virtuosos de la gentilidad y del paganismo padecerán *pœna originalis peccati, id est, carentia visionis Dei*; pero si no cometieron pecado actual, no padecerán *cruciatus gehenna perpetua*. Más es: alguno de los prelados citados dice terminantemente: «Yo no colocaré á este infiel en el reino de la bienaventuranza celestial; pero si le daré en la vida futura aquel destino á que le hayan hecho acreedor sus acciones personales.» (FRAISSINOUS: *Sobre la salvación*)

de los hombres). ¿Qué otra cosa, preguntamos nosotros, hace DANTE? Los que sobre esto quieran saber más pueden consultar las obras y conferencias de los autores citados; á nosotros nos parece sobrado lo dicho para el caso presente, y bastante sin duda para probar que la doctrina de DANTE es ortodoxa y, más aun, llena de caridad y de dulzura, provechosa, por tanto, á todos, gloriosa para la santa religión que profesaba.

Si se quiere contestar á esto alegando que Ovidio, el amigo de los placeres, y Saladino, el perseguidor de los cristianos, y Averroes, el fundador del epicurismo moderno de su pueblo, son libertados por DANTE injustamente del fuego eterno, diremos que eso es un error de apreciación personal, no de doctrina general; que la aplicación equivocada no arguye la falsedad del principio, y que pudo muy bien (y así sucedió) el pensador florentino acertar en sus máximas por razón poderosa y errar en sus aplicaciones por corazón ó afecto extrañado. Quizás alguno verá con extrañeza que, tratándose de demostrar la fidelidad y el amor de DANTE á las verdades católicas conocidas en su época, citemos autoridades posteriores á él, y aun contemporáneas. El hecho no es exacto: para probar que hizo bien en colocar á los viciosos paganos en lugar exento de la pena de sentido hemos recordado á san Pablo que en el siglo I decía: «Cuando las naciones no tienen ley (*Evangelio*), hacen naturalmente lo que manda la ley (*natural*); son ellas mismas para sí mismas y manifiestan que los preceptos de la ley están grabados en sus corazones, de lo cual su conciencia da testimonio.» (*Ep. ad Rom.*, cap. II.)

Hemos atestiguado que santo Tomás, en el siglo XIII, sustentaba que se debía tener por bueno y cierto, *certissime tenendum*, que para salvarse el infiel, por ejemplo, que criado en los bosques ha seguido la dirección natural y verdadera de su razón, Dios le manifestará por gracia, *gratis datta*, cuanto es necesario para formar á lo menos el voto y el deseo del bautismo, y de la Iglesia. Pero aunque no hubiésemos apelado

autoridad ninguna anterior á DANTE; aunque no la hubiese, ¿qué se probaría con esto? Que entre la verdad y su demostración media á veces, en el orden moral como en el material, un espacio grande de tiempo, y que en ese intervalo las inteligencias privilegiadas tienen como revelación de la verdad y á manera de presciencia de la demostración.

No sería sólo en esta cuestión teológica en la que fuese privilegiado DANTE. Tierras existían en el hemisferio occidental *ab initio*, y sólo en el siglo XVI un compatriota de DANTE, con carabelas de Castilla, fué á llevarlas la luz y la ley de caridad y de amor. DANTE, sin embargo, en el CANTO XXVI había dicho á los navegantes por boca de Ulises, después de pasar el estrecho de Gibraltar, dejando á mano izquierda á Ceuta y á la derecha á Sevilla,

No vuestros sentidos
 á la eminente
 prueba se nieguen de buscar la herencia,
 en pos del sol, de la región ingente.

Esto en el orden geográfico; pues en el físico habremos de confesar que la fuerza de atracción al centro de la tierra existía desde la creación; sin embargo, Newton fué el privilegiado mortal que formuló su ley. A pesar de eso, á DANTE, que floreció en el intermedio del hecho de la fórmula, se le reveló algo de ese fenómeno cuando le dijo en el CANTO XXXII, *terceto* XXV, hablando del centro del globo terráqueo, vértice del infierno:

En tanto que va al centro el paso mío
 do toda fuerza de atracción se aduna.

He aquí, pues, tres verdades de órdenes distintas, teológica la primera, geográfica y física las otras, reveladas al ingenio soberano aun antes que la razón humana las hubiese demostrado. ¿Qué hay que contestar á esto? *Honrad al altísimo Poeta*. ¿Con qué criterio, en resuelve tales cuestiones? Aquí tropezamos con que

el nuestro no es tampoco competente; pero las resoluciones dadas por DANTE no son de nuestro criterio, del suyo, sino del criterio católico. Aquello por la Iglesia enseñado, eso asienta, eso cree; si alguna vez, como por ejemplo, cuando critica al papa (Pedro Moron) Celestino V, se aparta de la doctrina de la Santa Sede es porque en la época en que escribía, la suprema autoridad no había pronunciado su fallo, declarando virtud heroica y digna de culto público aquella misma abnegación sublime, que DANTE atribuía á miedo, la cual llevó á Celestino V desde el trono pontificio al yermo, y que lo colocó en los altares bajo el nombre de san Pedro Celestino.

Un solo pasaje de LA DIVINA COMEDIA patentizará que decimos. Es el principio del CANTO III del INFIERNO. Lo citamos, además, por ser uno de los trozos más conocidos y populares. DANTE y VIRGILIO llegan á las puertas del Infierno, y en ella leen esta inscripción:

*Por mí se pasa á la ciudad doliente;
por mí al abismo del tormento fiero;
por mí á vivir con la perdida gente.
¡La Justicia á mi autor movió severo:
me hicieron el poder que á todo alcanza,
el saber sumo, y el amor primero!
Antes de existir yo no hubo creanza:
la eterna solo, y eternal yo duro:
¡oh! los que entráis, dejad toda esperanza.*

Imposible parece leer, aunque no sea más que el número de versos, y dudar de la ortodoxia de su autor de su ciencia teológica y de su respeto al fallo de la Iglesia. El solo nombre de Infierno ó de espíritu maléfico suscitado y suscita en los espíritus anticatólicos profunda rebeldía. Los albigenses, contemporáneos del DANTE descendientes de los maniqueos, reconocían dos principios igualmente poderosos: el del bien y el del mal. Dios y Satán para ellos son seres de distinta y opuesta naturaleza, pero de igual poder. En cambio, esos protestantes que no se desdientan de descender de los albigenses, p

testan que la existencia misma del Infierno es contraria á la Justicia divina, y la inmensidad del castigo opuesta á la inmensidad de la misericordia. DANTE no participa del error contemporáneo suyo; antes bien dice claramente que el Infierno fué hecho *por el poder que á todo alcanza, y por el saber sumo y por el amor primero*: es decir, la Beatísima Trinidad; y no parece sino que adivinaba el venidero error de los racionalistas cuando asienta y escribe en las infernales puertas:

La Justicia á mi autor movió severo.

El Poeta florentino lo es más que nadie con los que quieren adormecer y adular las pasiones levantando interesadas disputas y vanas esperanzas sobre la misericordia infinita, cuando escribe:

¡Oh! los que entráis, dejad toda esperanza.

Grito sublime que arranca á la lira del DANTE su conciencia de católico y su inspiración de poeta. ¡Qué importa si, como gibelino quejoso y resentido por el advenimiento de Bonifacio VIII, atribuye á cobardes motivos (*viltade*) la renuncia de su predecesor Celestino V! La causa de éste aun estaba pendiente, aun era lícito dudar y negar su santidad, como otros principios más santos han podido discutirse sin riesgo ni pecado hasta que la Iglesia ha definido.

IX

¿ES HEREJE DANTE?

Si, pues, como creemos haber demostrado, DANTE promueve sólo aquellas cuestiones que son de lícita controversia, y las discute con fin piadoso y las resuelve con criterio católico, ¿es, según dice César Cantú, un capricho, por no decir una interesada quimera de Fóscolo y de Rosseti, querer convertir á Dante en un he-

resiarca? DANTE, que había reservado á tales criminales uno de los más horrendos castigos del Infierno, no se avendría por cierto muy bien con trocar la amistosa conversación de santo Tomás de Aquino, la mirada inefable de la bienaventurada Beatriz, y, sobre todo, la vista de la Santísima Virgen y de su Divino Hijo, por una de aquellas tumbas de fuego en que, extramuros de la ciudad de Dite, yacen para siempre los heresiarcas y sus sectarios, los epicúreos y los escépticos, adoradores del placer material. ¿Y de qué herejía, preguntaremos por nuestra cuenta, se quiere acusar al teólogo Poeta? Sin perdernos nosotros en investigaciones de historia eclesiástica, diremos con sencillez que hemos distinguido en todas las herejías cuatro caracteres principales. Primero, preferencia dada al juicio individual sobre el juicio de la Iglesia. Segundo, odio, ó por lo menos irreverencia, á María, predestinada á vencer sola todas las herejías. Tercero, lisonja de alguna pasión ó apetito. Cuarto, rebeldía á la autoridad de Pedro. Ahora bien: DANTE, como hemos procurado demostrar, y como LA DIVINA COMEDIA acredita en cada página, lejos de sobreponer su juicio individual al dogma, acepta éste y lo reverencia y lo adora. No puede darse una personificación más bella y grande de la razón humana que la que hace de Virgilio; y, con todo, el mismo sublime maestro se declara inhábil é impotente para dar un paso siquiera en las regiones en que sólo la gracia puede servir de guía. Ningún otro que nuestro Poeta ha reconocido más explícita y elocuentemente la limitación de la humana razón, y la necesidad de que el Verbo divino se hiciese carne, para que revelase la verdadera ciencia, cuando dice en el *Cant. III del PURG., vers. xxxiv.*

*¡Cuán loca, mente humana, si blasonas
de caminar por la infinita vía
del que es una substancia en tres Personas!
A tu ser limitado basta el QUIA;
que si os diera total saber tributo,
fuera inútil el parto de María.*

En cuanto á lo segundo, es decir, el amor á la siempre Virgen María *ch'ad aprir l' alto amor volse la chiave* (*PURG., Cant. x, vers. xxxix*), DANTE, joven aun, lo había probado en la VITTA NUOVA, en que dice, en elogio de su amada Beatriz, que siempre había sido devota del santo y dulce nombre de María Virgen. Lo confirma en los últimos escritos de su vida, y aun en la primera parte de LA DIVINA COMEDIA asigna á la Reina de los Santos y de los Angeles el lugar que de derecho le corresponde en estas magníficas palabras:

*En el cielo hay Mujer que dulce ruega,
que se duele del trance á que te mando,
y ante quien duro juicio se doblega.*

He aquí el poder de la intercesión maternal y poderosa, que los herejes niegan á María, consignado por DANTE. Nada hay asimismo comparable á la deprecación que la dirige en el último canto de su obra maestra, en cuyo texto, además, hemos contado treinta y siete lugares en que se deshace en elogios de la Madre de Dios, de quien dice (*PAR., Cant. xxxiii, vers. xc*):

*El nombre de la bella flor que invoco
mañana y noche....*

En cuanto á que el lisonjear las pasiones y los apetitos sea síntoma ó carácter de todas las herejías, DANTE piensa como nosotros. Así es que coloca en el mismo tercio infernal, y aflige con el mismo tormento á los heresiarcas y á los epicúreos. No puede, por otra parte, acusarse de condescendiente con los placeres al que halló dentro de su misma fantasía tan atroces suplicios con que castigarlos, tan trabajosas penas con que expiar su so, y tan sublimes coronas para recompensar á los que ellos se privaron. Si no siempre es justo en la distribución que hace, consiste en la falibilidad que al cabo adecía; hombre y apasionado por demás, no es extraño que se equivoque en la aplicación de aquellos mismos principios cuya excelencia reconoce y proclama.

En el último carácter que hemos apuntado de todas las herejías, la rebeldía á la Cátedra de Pedro, es donde sin duda han hallado estos extraños amigos de DANTE motivo para afiliarlo en no sé qué cisma. Como funden á sabiendas el odio apasionado que el iracundo Gibelino abrigaba contra la política de Bonifacio VIII que envía á Florencia á Carlos de Valois, y de Clemente V, que quiere arrojar de Italia á Enrique VII, con el respeto que DANTE no negó nunca á los sucesores de san Pedro. El poeta que hablando de Roma y del Imperio dijo:

*De aquella y de éste la verdad nos marca,
que destinados fueron como santo
trono de Pedro al sucesor monarca,*

haciendo así de la República y del Imperio romano preludeo y la base providencial del Pontificado, no puede ser motejado de irrespetuoso. El que coloca en el Paraíso (y aplaude sus virtudes y asiente con sus opiniones) á san Francisco y santo Domingo de Guzmán, á san Tomás y á san Buenaventura, sustentáculos de la Iglesia romana, y á la condesa Matilde, primera donadora del Patrimonio de san Pedro, bien merece llamarse defensor del Pontificado: y por si alguna duda cupiese todavía sobre sus creencias y sobre la parte de respeto que en ellas daba al Supremo Pastor Vicario de Cristo, hay más que consultar la precisa y terminante fórmula del Catolicismo que él mismo escribe en el *Cant.* V del PURG.:

*Tenéis nuevo y antiguo Testamento,
y al Pastor de la Iglesia habéis por guía:
esto os basta al eterno salvamento.*

Si los conocimientos teológicos no perjudican al mérito de DANTE como obra de raciocinio y de doctrina, mérito aun le dañan considerado como producto de ingenio y vuelo de poesía. En efecto, no conocemos belleza en este sentido comparable á la de la entrevista entre el gran Poeta y su maestro el célebre músico Casella,

crita en el segundo canto del PURGATORIO. Cuando al llegar á la playa expiatoria el esquife en que un ángel, tendidas como velas sus blanquísimas alas, conduce á las almas bienaventuradas, el protagonista reconoce la de su antiguo maestro. ¡Qué bello y pacífico cuadro el de aquellas pobrecitas y dichosas almas oyendo los acentos del músico y los versos del Poeta! ¡Cuán diferentes del eterno combate y desesperada lucha de los precitos que ha retratado DANTE en el Infierno, ó de la infecunda esperanza que con tanta exactitud ha descrito en el Limbo! Pero lo que más á nuestro intento conviene hacer notar en este pasaje, es la doctrina de DANTE puesta en boca de Casella. Este, por haber retardado su conversión, ha visto retardarse también su navegación expiatoria, sin que el celeste barquero quisiese admitirle á su bordo, hasta que tres meses antes de la acción del poema, es decir, el año del Jubileo, se ha concedido fácil pasaje á todos aquellos por quienes en el mundo se rogaba. Casella mismo tuvo en Roma quien se acordase de él y mejorase su suerte de ultratumba.

No menos bello, ni menos instructivo en este sentido, es el lenguaje de Manfredo en el *Cant.* III del mismo PURGATORIO; pero buen cuidado han tenido los novísimos comentadores del DANTE de omitir ó adulterar estos pasajes, y no es porque carezcan de originalidad y belleza, que en una y otra á muchos se aventajan, sino porque no convenían á sus gratuitas imputaciones las ortodoxas máximas del DANTE. Manfredo mismo, el excomulgado y Manfredo, cuando moribundo y arrepentido se ha vuelto á Dios y obtenido el perdón de la infinita misericordia, todavía reconoce que la contumacia con la Iglesia trae consigo la expiación necesaria, y que los sufragios de los supervivientes son gratos y eficaces á las almas de los que no existen. Séanos permitido, por última vez en esta materia, agrupar meramente las palabras *purgatorio*, *excomuni6n*, *jubileo*, *sufragio*, *indulgencias*, y preguntar si cabe todo esto fuera de la doctrina cat6lica, ó, por mejor decir, si no es esto cabalmente el blanco de los ataques

que la herejía de todos los tiempos dirige á la Iglesia así por boca de los albigenses en tiempo de DANTE, como por boca de los racionalistas en nuestros días. ¿Y aun pretende que quien esto cree, quien esto explica, quien con esto forma su doctrina y su obra en su parte esencial y formal, no pertenece de todo en todo á la comunidad católica? Demanda interesada y tenaz que el sentido común más trivial basta á resolver negativamente.

En cuanto á la parte literaria, nuestra proposición es probada con lo dicho, y aun con el título sólo de PURGATORIO. El conocimiento filosófico del dolor y de la difusibilidad sensual, alcanzaron sin duda á inspirar á Virgilio su viaje al INFIERNO. El conocimiento racional de la belleza, y aun el científico y literario de la Biblia, pudieron guiar á Milton en el poema del PARAÍSO: pero la región del PURGATORIO, la teoría de la expiación, del dolor de las almas que, según dice DANTE (*INFIERNO, Cant. 1*),

..... en medio están gozosas
del fuego, porque aguardan que algún día
se unirán con las almas venturosas,

la máxima que establece mancomunidad en caridad, por medio de sufragios entre todos los fieles colocados al uno y al otro lado de la tumba, sólo pueden ser inspiradas por la doctrina católica en toda su pureza, en todo su vigor, en toda su ortodoxia. Sintetizando, pues, estos artículos, concluiremos que la obra de DANTE, no sólo es racional y poética dentro del catolicismo, sino que por el catolicismo sólo se mide la fuerza de su razón y el vuelo de su poesía.

X

ALGO DE FILOSOFÍA Y DE OTROS CONOCIMIENTOS HUMANOS

Cuanto acabamos de escribir se refiere á DANTE como consumado teólogo, y acredita la verdad grabada en su epitafio, que hemos mencionado: *Theologus Dante, nullius in dogmatis expers.*

Si en esto hubiera habido elección de su parte, cierto que habría sido acertada la preferencia dada á esta ciencia divina. Porque no sólo, religiosamente considerada, es preferible aquella que parte del conocimiento de la verdad absoluta é infalible, sino que aun racionalmente hablando, aquel ramo del saber humano es superior que es más general y comprensible, y que, ascendiendo á la causa primera, universal y absoluta, desciende hasta las causas derivadas y particulares. Además, históricamente hablando, nadie puede desconocer que en el siglo XIII la teología había llegado á un punto de perfección al cual estaban muy lejos de acercarse los demás ramos de la humana sabiduría. Santo Tomás, el Ángel de los Escuelas, había ya aparecido en el horizonte, y aun estaban lejos de su Oriente Galileo para la astronomía, Volta para la física, Vico y Maquiavelo para la historia y la política. Hemos dicho, con todo, que de sus conocimientos científicos y literarios había hecho el Poeta florentino el segundo resorte de su admirable poema, y así es verdad. Pero la filosofía, si tal puede llamarse al amanerado y general culto que se daba á Aristóteles, estaba empeñada y reducida en la difícil empresa de explicar la doctrina católica por el sistema del filósofo griego, y los libros de éste por la tortura dada á los dogmas revelados. En la astronomía reinaba soberanante el sistema de Ptolomeo, según el cual el sol y los demás planetas giraban alrededor de la tierra. Sus órbitas, envueltas en el cielo de las estrellas fijas, se creía entonces que conservaban, sin embargo, ciertas relaciones con las criaturas habitantes de la tierra. Sobre el octavo cielo, ó de las estrellas fijas, se extendía el Empíreo ó noveno cielo de la luz pura, desde el cual comenzaba, por decirlo así, en sentido inverso al material, el mundo de los seres espirituales, principiando con los ángeles inferiores en jerarquía y concentrándose de círculo en círculo hasta terminar en Dios, centro, principio, móvil, origen y fin de las dos creaciones: la espiritual y la material. Pero como se daba á los ángeles y demás potestades espirituales directa in-